

—¿Qué compromiso?

—¿Ha olvidado usted que tengo dada palabra á Manolo de casarme con él?

—¿Y qué?

—Y que usted aprobaba este casamiento....

—Corriente.

—Que se hubiera verificado ya si no hubiera sido por aquel maldito contrabando....

—Que fué causa de que lo sambuyesen en la casa de *Poco trigo*.

—Y lo desterrasen luego al presidio de Tarragona.

—Por qué sé yo cuantos años; con que ya ves tú que tardará Manoliyo en venir á reclamarte el cumplimiento de tu promesa.

—Sin embargo, á mí me toca portarme como mujer honrada.

—Ya se vé que sí.

—Y cumpliré mi promesa.

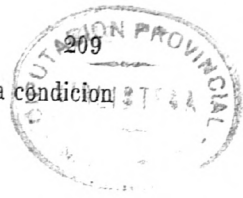
—Por suponió.

—Pero si sabe que he admitido los galanteos de otro hombre.... La verdad; padre, yo le quiero tanto, que cada vez que me acuerdo de él me palpita el corazon.

—Too eso es muy natural, y por lo mismo que le quieres debes aprovechar la fortuna que te se presenta. A la fin y proste no creo que se trate de naa malo.....

—Eso no, y si tales son las intenciones del señorito de esta mañana, ya sabré yo el medio de entretenerle y sacar ileso mi honor, sin haberme aprovechado mas que de la generosidad de mi apasionado. Apuradamente la resistencia y el desden suelen acrecentar el amor de nuestros adoradores, y cuando se les ha explotado la mina, no faltan pretestos para dejarles en paz y gracia de Dios. De este modo conservo yo mi honra, castigo á los seductores, y vengo á muchas infelices que son víctimas de la perfidia de sus amantes.

—¿Sabes, gachona, que me dejas alelao cuando te escucho? Hablas mejor que el Flosantorun y mas de corrío que un preicaor. Te has justificado á las mil maraviyas, y por lo que tú misma acabas de desir se vé claramente, que en naa ofendes á Manolo, y que toítico lo que le hagas suar al usía con sabío, puede servir para dar á tu futuro marío una vida regalona. Espero que tampoco te olvidarás nunca de tu probesiyo padre.



— Siempre vivirá usted á mi lado. Ya sabe usted que con esta condicion di mi palabra de casamiento á Manolo.

— Lo sé, hija mia.... ¡Bendita seas!

— Y si llego á ser rica, le proporcionaré á usted un capital.

— Toa mi ambicion se reuse á poseer una toráa.

— Pues la poseerá usted si Dios me ayuda.

— Y como yo sé manejá el busili, ganaré mucho parnés con la toráa, porque yo soy hombre de esperensia, y en materia de ganao, no me deajo mojá la oreja por naide.

— Pues si es verdad que el susodicho usía sea un señor acaudalado, está hecha su fortuna de usted, pero con la condicion de que no ha de salir usted á torear.

— Entonses toas las corrias serán deslusias.

— Peor seria que algun toro le ensartase á usted como á Pepe Hillo.

— Era el onse de mayo de 1804 cuando....

— Lo sé, padre, lo sé.

— Pues me cayaré, no quiero que digas que soy hablaor. Si supieras que coraje me dan los hombres hablaores...

En este momento se presentan dos mozos y colocan dos soperas una á cada extremo de la mesa.

Una sopa era de arroz y la otra de macarrones.

El extranjero gordo ocupó la silla mas inmediata á la sopa de arroz, y mientras llenaba el plato preguntó al mozo:

— *Was haben wir zum Mittagessen?*

— No le entiendo á usted — respondió el mozo.

— Este sinior habla aleman solamente — dijo un inglés con mucha dificultad — é hace á osté un pregunto de las cosas que tenemos por comer este dia de hoy.

— Ya lo verán ustedes — respondió el mozo, y desapareció.

El inglés se sentó junto al aleman.

Otro extranjero habia aun en la sala, que por la prisa con que corrió á apoderarse de la sopa de los macarrones, dió á conocer que era italiano.

Este, aunque tan egoista como el aleman, salvó á lo menos las apariencias, y fué preguntando individualmente á todos, empezando por las señoras:

— *Vuole un pó di zuppa?.... Pigliera della zuppa?*—Y fué sirviendo á los que quisieron macarrones.

Verdad es que el italiano tuvo la precaucion de repartir porciones muy limitadas, segun exige la finura; pero no estuvo tan fino cuando le llegó el turno, y llenó á colmo su plato, de manera que aun cuando nada mas hubiese comido, podia muy bien aguardar la cena sin desmayarse.

El aleman no habia andado con tantos escrúpulos. Llenó su plato de arroz, de un modo escandaloso, y endosó la mision de servir á los demás, al intérprete inglés que tenia á su lado.

Empezó por fin la general masticacion reinando en la sala sepulcral silencio, hasta que satisfecha la primera necesidad de alimento, entablóse alguna conversacion, que fué sucesivamente animándose y tomando un carácter cada vez mas jovial y familiar segun el Arganda y Valdepeñas iban fermentando en los estómagos.

Solo el rubicundo aleman permanecia apático al general bullicio, sin curarse de otra cosa mas que de rellenar su insaciable abdómen, y cada vez que los mozos mudaban los platos, preguntábales el impasible gastrónomo:

— *Was werden wir jezt haben?*

El inglés añadia:

— Este sinior hace el pregunto de qué cosa es la que se comerá ahora.

Los mozos no respondian, y el tudesco Heliogábalo continuaba diciendo:

— *Ich fürchte, dass wir ein ziemlich schlechtes Mittagessen haben werden.*

El intérprete esclamaba:

— Esto sinior habla ahora que tiene muy mieda que la comida está poco bien.

— Ya se conoce que no le gusta —dijo con sarcástica sonrisa el mozo.— Con pocos parroquianos como el aleman, pésimo negocio haria el amo.

La justa observacion del mozo hizo prorumpir á todos en carcajadas, pues habianse ya asombrado del voraz apetito del aleman. Este no se inmutó, ni reparó siquiera en que tenia todas las miradas fijas sobre él, y con mucha sorna pidió vino al inglés en estos términos:

— *Geben Sie mir gefälligst ein Glas Wein.*

Sirvióle el inglés en medio de las generales risotadas, y el aleman con mucha sorna contestó á ellas brindando por la salud de todos de esta manera:

— *Ich habe de Ehre auf Ihre Gessundheit zu trinken.*

Y prosiguió devorando con imperturbable serenidad.

—¿A qué habrá venido á España este ente original?—esclamó uno de los concurrentes.

—Esto sinior—respondió el inglés—está venido á esto paiso per escribir las costumbres de la Ispania.

—¿Y piensa estar mucho tiempo en Madrid?

—No sinior, solamente que tres dias.

—¿Y habla el español?

—Tambien no sinior.

—¿Pero le entiende?

—Tambien no sinior.

—¡Qué diablos! ¿Y quiere escribir nuestras costumbres? Irá á los teatros, á los conciertos.... á las tertulias... para enterarse....

—Tambien no sinior, nada, nada. Esto sinior no hace que únicamente comer é dormir.

—Así escriben ustedes tantos disparates, tantas atrocidades y calumnias contra la España.

—¡Oh! no sinior; mi no escribe ninguna cosa contra la Ispania. Mi está mucha amico de los manolas é gusta muy á mí la fandanga é los torros.

—¡Hola! ¿con que le gustan á usted nuestras manolas, nuestros bailes y las corridas de toros?

—¡Oh! sí, sí.... *It gives me the greatest pleasure*..... mi quiere decir, sinior, que esto causa á mí muy placer.

—Eso mismo sucede á todos los estranjeros. Desde su pais nos llaman cáfres porque nos gustan unos espectáculos que califican de bárbaros y sangrientos; pero lo cierto es que no hay corrida de toros á la que no acudan todos los estranjeros que hay en Madrid, muchos de ustedes vestidos de macarenos, para lo cual es preciso confesar que les ha dado Dios poquísima gracia; pero ustedes creen que toda la inteligencia se reduce á gritar en la plaza, y se desgañitan que es una compasion.

El *tio Palique* que habia estado hasta entonces en animado coloquio con el de los macarrones, no bien se apercibió que al otro extremo de la mesa se hablaba de toros, dejó su asiento para ocupar una silla que se hallaba vacia no lejos del inglés y su interlocutor, abandonando á Juanilla á merced de los requiebros del italiano.

— Aunque sea descortesía, cabayeros—dijo el *tio Palique* á los de la cuestion tauromáquica—se mantoja por alguna espresionsiya que ha llegao á mis oidos, que han de ser sus mersées gente de caliá... afisionáa al toreo como toa presona desente.

— Me decia este caballero inglés—repuso el otro concurrente—que es efectivamente muy aficionado á las corridas de toros.

— Pues lejos estará de imaginar siquiera quién tiene tan serquita de su presona.

— ¿Seria usted acaso de la profesion?

— Y naa menos que camaráa de Romero y de Pepe Hillo.

— ¿Lo oye usted?—dijo el otro llamando la atencion del inglés.

— Yo no he comprendida bien á esto sinior.

— Dice que ha sido compañero de los dos mejores espadas que ha habido en España.

— ¿Esto sinior?

— El mismo.

— ¡ Oh demonio! *¿How is that possible?* (¿Cómo es posible?)

— ¿Ve usted esta mano de hierro?—preguntó el *tio Palique* enseñando su diestra al inglés.

El inglés movió la cabeza en ademan afirmativo, y el *tio Palique* prosiguió:

— Pues con eya he matao setesientos ochenta y tres toros.

— *God damn! It is terrible! It is dreadful.* (¡ Ira de Dios! Esto es terrible!... es espantoso!)

— El famoso Pepe Hillo murió á mi lao.

— *What a pity!* (¡ Qué lástima!)

— Era el onse de mayo de 1801 y se lidiaban toros corrios en otra funsion. Algun probe pagará el pato, dige yo para mí, y aconsejé á Pepe que se anduviese con cudiao porque eran marrajos los bichos. Dios habia disponio la catástrofe y de naa sirvió mi aviso. Antes de dos horas el probesiyo habia espichao.

— Yo no comprende este palabro *espichao*,—interrumpió el inglés.

— Habia muerto—dijo el otro concurrente.

— *God damn!*

— ¿Se espanta usted

— *It is terrible!*

— Pues si señor, muerto.

— *How is that possible?*

— ¿Qué demonios habla este cabayero? — preguntó el *tio Palique* — y añadió gritando mas para hacerse comprender: — Si señor, quedó muerto.

— ¡Muerto! ¿lo toreador?

— El mejor toreador que ha habido en España.

— *It is shocking!* (¡ Eso hace temblar! ) Dica, sinior, fué matado por la torro?

— Como su mersé lo oye — continuó el *tio Palique*.

— ¿ Con las cuernas?

— ¡ No, que iria á matarle con el rabo! Si señor, con los cuernos, y con la mayor sandunga del mundo.

— ¡ Oh! ; *God damn!* ; Con la sandungo tambien! *It is a cruel case!* (¡ Eso es muy cruel! )

Mientras el *tio Palique* acababa de referir al inglés circunstanciadamente el modo como el toro *ensartó con el cuerno izquierdo á Pepe Hillo por la boca del estógamo y le campaneó por el aire etc. etc.*, la coquetuela de su hija recibia con su acostumbrado buen humor los galanteos del italiano de los macarrones; que aunque tampoco hablaba el español, no por eso dejaba de ser comprendido.

— ¿ Con que de veras desea usted ser amigo mio? — le decia la hermosa jóven respondiendo á las lisonjas con que el extranjero acababa de improvisar su amorosa declaracion.

— *Ne saró lietissimo* — respondió con afectacion el italiano. — *Credetelo, mia cara, ne avró grandissima gioja, e vi prego quanto so e posso a volere accettare i sensi della mia stima... del mio affetto... del mio amore...*

En este momento dejóse oír una espantosa griteria.

Todos los concurrentes se asomaron á las ventanas y balcones de la fonda; pero tuvieron que retroceder porque el pueblo amotinado arrojaba piedras, lanzando desaforados gritos de « ¡ muera! ¡ muera! »

Presentóse el amo de la fonda, y exclamó azorado:

— Cierren ustedes esos balcones... Hay revolucion... He visto matar á pedradas á una pobre mujer... Dicen que era bruja...

Al oír esto creció la confusion... Unos huían... otros gritaban. Desmayá-

ronse algunas señoras... Todos se hallaban poseidos de horror y espanto.

Solo el obeso y rubicundo aleman, que seguia comiendo impasible en medio de la general confusion, esclamaba con estoica impasibilidad:

— *Dieses gespickte Kalbsteisch ist pruchtig.* (Es delicioso este fricandó.)

Como la principal habilidad del fondista es *saber desollar á sus parroquianos*, quiso probablemente aquel sacar partido del asesinato de la *Bruja*, y asustarles para que dejasen de hacer consumo, una vez que todos ellos habian pagado anticipadamente.





## CAPITULO XXI.

### ODIO POR ODIO.

They are rich and wicked.  
COOPER.

Quando el amo de la fonda del *Aguila negra* dijo que habia visto matar á pedradas á una mujer, dominado sin duda por el miedo, figuróse ver lo que no habia sucedido, ó se habia complacido en exagerar la verdad por el raro prurito que tienen ciertas gentes de atemorizar al prógimo, ó llevaba la intencion de hacer huir á sus parroquianos para que no le hicieran tanto consumo.

El motín, la revolucion, la muerte anunciada por el fondista, se redujo á la diabólica gritería de una bandada de muchachos que insultaban á la pobre *Bruja* apedreándola furiosamente; pero lejos de sucumbir á los desmanes de



la soez pillería, tuvo la fortuna de llegar ilesa á la plazuela del Angel donde el duque de la Azucena vivía, y refugiarse en una de sus cocheras, que se comunicaba con un hermoso jardín.

Estaba á la sazón en aquel ameno sitio el jóven don Eduardo, quien al oír los gritos de la multitud, acudió á la cochera y mandó soltar un mastin que habia allí encadenado. Bastaron los ladridos y el aspecto amenazador del enorme perro para ahuyentar á la bandada de granujas tan envalentonada poco antes contra una pobre y débil mujer.

Don Eduardo, impelido por su carácter compasivo y generoso, queria conducir la *Bruja* á una de las habitaciones de su casa; pero ella lo rehusó con tal entereza que fueron inútiles los esfuerzos del duquecito.

—¿A qué viene esa obstinacion?—decíale don Eduardo insistiendo en su empeño.—Sígame usted, y arriba tomará usted un poco de alimento.

—Gracias, buen señorito—replicaba la *Bruja*;—pero no tengo necesidad.

—Sin embargo... una friolera... y un poco de vino generoso le probarán á usted.

—Aquí estoy bien... Este banco de piedra es muy cómodo... Tambien el sol me reanima. Aquí descansaré un rato si la presencia del dueño de ese palacio no me arroja...

—Mi padre no desaprueba nunca lo que yo hago. Aunque él se presente aquí, puede usted permanecer tranquila á mi lado, y si por ese temor no se atreve usted á pasar á una habitacion mas cómoda, hace usted muy mal.

—Ni aquí permanecería ni un momento—respondió la *Bruja*—si no estuviéramos solos. Repetidas veces he dicho á usted, señorito, que mi ódio á los señores de los palacios es inestinguible, y que usted es la única persona que escluyo de mi anatema; Debo á usted tantos beneficios! Es usted tan generoso.... tan bueno.... que me parece imposible haya nacido usted en un palacio.

—Agradezco mucho esa honrosa esclusion—dijo el duquecito sentándose en el mismo banco de piedra donde estaba la *Bruja*—pero me permitirá usted que le diga, que ese ódio á los ricos....

—Es muy fundado, hijo mio—interrumpió la *Bruja* con dolorido acento.

—¡Fundado! ¿En qué?

A esta pregunta estremeciósela pobre mujer y guardó por un rato misterio.

riosa reserva. Rompió el silencio con un suspiro, y agitando tristemente la cabeza, exclamó:

—Dios preserve á ustedes, señorito, de tener que mendigar la caridad de los magnates. Los ricos, tienen el corazon de hiena..... Las puertas de sus palacios solo se abren á la lisonja, á la prostitucion, á la maldad. Cuando llama el pordiosero á la puerta de un palacio, es bruscamente arrojado por lacayos insolentes... tal vez mordido por algun perro que devora los desperdicios de una opípara mesa... por que se tiene cuidado de que los perros coman bien, mientras al escuálido mendigo se le dice con desprecio: « ¡Dios te socorra! »

—¡Válgame Dios!—exclamó tristemente don Eduardo.—¡Cuántas veces se habla mal de los palaciegos solo por costumbre! ¡Cuántas veces se les culpa sin razon! Usted, buena mujer, me ofrece ahora mismo una prueba de esta dolorosa verdad. Dice usted que los ricos tienen corazon de hiena, y lo dice usted precisamente en el momento en que en la casa de un rico se le ofrece á usted fraternal hospitalidad.

—¿A mí?—gritó como horrorizada la *Bruja*.

—A usted, buena mujer—repuso tiernamente don Eduardo.—Y crea usted que son ofrecimientos que nacen del corazon.

—¡Ah! sí.... es verdad....—respondió la *Bruja*; como si volviera en sí de alguna siniestra preocupacion—es verdad.... me ofrece usted su amparo; pero repetiré lo de siempre: usted es la escepcion de la regla.

—Y esos lacayos á quienes trata usted con tanta dureza, la han recibido con humanidad..... Hasta mi leal mastin ha salido en defensa de usted, logrando ahuyentar á sus perseguidores. Confiese usted pues que con todos ha sido severa en demasía.

En este instante el inteligente perro se restregaba contra las rodillas de la *Bruja*, como queriendo manifestar que comprendia y aprobaba la objeccion del duquecito.

La *Bruja* le acarició, y satisfecho el bondadoso animal con esta recompensa, fuése á tender junto á la cadena que solia sujetarle, y lamió la mano del criado que le amarraba de nuevo.

—Es cierto—dijo la *Bruja*—debo estar agradecida á esos buenos hombres.... y al pobre perro tambien. Si no hubiera encontrado asilo en este jardin, hubiéranme asesinado á pedradas.

—Toda vez que se halla usted convencida de que tambien en los palacios puede albergarse la virtud, subamos al comedor, y....

—Perdone usted mi terquedad, don Eduardo... me es absolutamente imposible complacer á usted.

Don Eduardo se levantó, y habló reservadamente á un criado.

Este se inclinó con respeto, y desapareció precipitadamente.

—Ahora que estamos solos—dijo sonriéndose el duquecito—voy á reconvenir á usted.

Y volvió á sentarse junto á la *Bruja*.

—¿A reconvenirme?

—Ya se vé que sí.

—¿Por qué motivo?

—Por el olvido con que paga usted mis afanes.

—¿Yo olvidar los beneficios de usted?

—Si no los hubiera usted olvidado, no se hubieran pasado tantos dias sin dejarse ver después que alcancé su libertad.

—He faltado—dijo enternecida la *Bruja*—he faltado en no venir á postrarme ante el mas generoso mortal.

La *Bruja* hizo un movimiento como queriendo arrodillarse á las plantas del duquecito, pero este la contuvo.

—¿Qué hace usted, señora?

—Quiero reparar mi falta.... quiero besar los piés de mi bienhechor.

—Lo que yo he hecho, lo hace cualquiera que tenga corazon. Nada tiene usted que agradecerme. Al decir que ha olvidado usted mis afanes, no es de manera alguna mi ánimo reclamar de usted extremos de gratitud... no, buena mujer, nada de eso. Mi amistosa reconvenccion es porque me ha dejado usted tantos dias en la mayor ansiedad, sin saber nada de usted, después de su último infortunio.

—Pues qué, señorito, ¿es posible que la suerte de esta infeliz mutilada, de esta criatura informe que solo merece los insultos de la sociedad..... de esta asquerosa bruja escarnecida y apedreada por la hez del populacho, pueda interesar á nadie en este mundo?

En este momento interrumpió el coloquio el mismo criado que poco antes habia desaparecido después de recibir en secreto una orden del duquecito, y presentó á la *Bruja* un plato con una pechuga de perdiz en escabeche, un

panecillo, un vaso y una botella de vino de Jerez.

—¿Qué es esto?—dijo la *Bruja*.

—No ha querido usted subir al comedor... Esto no es mas que para que se reponga usted del reciente susto, y recobre aliento, porque tenemos aun mucho que hablar.

Al decir esto, se alejó don Eduardo, presumiendo que su presencia seria un estorbo para que aquella infeliz tomase el alimento que se le ofrecia.

—¡Gracias! ¡gracias!—esclamó la infortunada mujer, y comió y bebió con la avidez de la indigencia.

Ausentóse el criado, y don Eduardo se aproximó de nuevo á la *Bruja* y le preguntó con su habitual amabilidad:

—¿Qué tal, se siente usted bien?

—¡Oh! muy bien, muy bien, hijo mio; pero ¿por qué se dá usted tantas molestias?

—Porque soy rico, y quiero que se reconcilie usted con los ricos.

—¡Ay! Si todos ellos tuvieran un corazon tan hermoso como el de usted, no habria desgraciados en el mundo.

—Los habria—repuso don Eduardo—si todos rechazáran los beneficios con incomprendible terquedad.

—Hay beneficios que deshonran, y vale mas ser infeliz que deshonrado.

—Jamás he ofrecido á usted nada que pudiera serle infamante.

—Me ha ofrecido usted oro.

—El oro no infama cuando no tiene un origen bastardo.

—El oro de los palacios hace germinar en ellos la prostitucion. Suplico á usted, don Eduardo, que no me hable nunca de nada que tenga conexcion con el fausto de los magnates. No me hable usted de esas riquezas con que fascinan á la virtud para amancillarla... para convertirla en espantoso crimen.

La *Bruja* pronunció estas palabras de una manera misteriosa á la par que solemne, y aunque don Eduardo no podia comprender su significado al oirlas de boca de una mujer fisicamente repugnante, guardó silencio por un rato, y después de profundas meditaciones, exclamó:

—Buena mujer, por mas que reflexiono me es imposible comprender á usted. Los obstáculos que usted misma levanta á su bienestar, acrecen mi deseo de mejorar su suerte.

—Gracias, señor duquecito, gracias.

— Cuando vea yo mi deseo satisfecho, podrá usted darme gracias; pero interin desprecie usted mis ofertas, es una burla el mostrarse agradecida.

— No crea usted, señorito, que soy tan desgraciada como todo eso. Una vez resignada á mi infortunio, mi pecho siente aun palpitaciones deliciosas que alternan con los acerbos sinsabores que le desgarran. Tengo momentos muy felices. Ahora mismo experimento toda la dulzura del consuelo. No parece sino que un bálsamo vivificador circule por mis venas cicatrizando las úlceras del alma. Las virtudes que usted atesora me embelesan.... su generosidad me encanta... y lo que me hace olvidar todos mis males, es el tierno afan con que dá usted inequívocas muestras de interesarse por la suerte de esta miserable.

— Es verdad, señora, la suerte de usted me interesa... La he visto víctima de un cúmulo de desgracias, y quisiera ver á usted feliz.... No sé por qué se opone usted á ello. No le ofreceré grandes riquezas, ni oro en abundancia, ni absolutamente nada que argüir pueda fausto y suntuosidad. Usted me lo tiene prohibido y respeto sus mandatos; pero ¿qué inconveniente puede haber en que señale á usted una módica pensión para que viva con decencia sin tener que mendigar la caridad pública? Y toda vez que su obstinacion me obliga á hablar con entereza, desde ahora le declaro formalmente, señora, que si en algo estima usted mi adhesion, es preciso que abandone esa vida azarosa y denigrante.... es preciso que se abstenga en lo sucesivo de provocar las risotadas del vulgo, y de dar pábulo á las fanáticas preocupaciones de los supersticiosos. No quiero yo que esponga usted de nuevo su vida al furor de un populacho sin freno... Es preciso... Pero ¡qué veo! ¿Llora usted? ¡Dios mio! soy un insensato... Hablo á usted con demasiada severidad... Perdone usted.

— Lloro... es verdad... pero lloro de gozo, hijo mio, al ver el empeño de usted por verme dichosa. En este momento, no trocariá yo mi dicha por la de una hurí rodeada de placeres.

— ¿En este momento se cree usted feliz?

— ¡Oh sí! estoy saboreando la mas pura de las felicidades.

— Pues bien, de usted depende prolongarla.

— ¿De mí?

— Sí, señora, de usted.

— ¿Cómo, hijo mio?

—Admitiendo la hospitalidad que yo le ofrezco, y viviendo en este vergel.

— ¡Qué dice usted!

—La casita del jardinero tiene cómodas habitaciones; en una de ellas estaría usted perfectamente.

—Es verdad..... y le vería á usted todos los días, ¿no es cierto?

—Todos los días.

—Y tendríamos nuestras conferencias como ahora, ¿no es así?

—¿Por qué no?

—Esa felicidad es demasiado grande para que pueda aspirar á ella. Con todo, yo tengo precision de ver á usted todos los días. Yo no puedo pasar veinticuatro horas sin ver á mi bienhechor.

—Acuérdese usted que desde que alcancé su libertad, esta es su primera visita..... esta es la primera vez que nos vemos...

— ¡La primera vez que nos vemos! Usted lo creará así; pero es un error. Yo le he visto á usted todos los días, y en muchos de ellos dos veces. ¿Podría vivir sin este consuelo?

— ¡Eduardo! ¡Eduardo! —sonó una voz.

— ¡Dios mio! —gritó atemorizada la *Bruja*, y huyó precipitadamente exclamando: — ¡Maldita sea la hora en que me acogí á este sitio!

—Es mi padre —decía el duquecito para detener á la *Bruja*; pero esta desapareció con la rapidez de una centella.

—¿Eduardo, qué haces ahí? Apuesto á que estás arreglando algun ramillete para tu Elisa, de las pocas francesillas tempranas que puede haber en el jardin. Mala época es esta para ramilletes, como no encuentres algun alelí amarillo, algun tulipan.

— ¡Qué! ¡si no hay nada!

—Pues en el mes de marzo los primeros céfiros de la primavera ya suelen halagar algunas flores.

—Verdad que estamos en marzo, pero es hoy el primer día.

—¿A que encuentro yo flores para un ramillete?

—Como no sea en el invernadero.....

—Sin recurrir al invernadero.

—No hallará usted ninguna.

—¿De veras?

—¿No vé usted que parece que estamos en enero?

—Verdad es que el invierno se dilata este año.

—La florescencia se retardará bastante.

—Ya debia empezar á dar señales de vida la naturaleza.

—Pues no hay nada de eso.

—Y mira tú, á mediados del presente mes se nos echa encima la primavera.

—El día veintiuno.

—¿Y no hemos de encontrar flores?

—No tiene usted mas que echar una ojeada en derredor.

—Verdad es que ha hecho pocos progresos la vejetacion. Pues hablemos de otra cosa. ¿Han acabado ya tu retrato?

—Esta mañana he ido por él.

—¡Y no me habias dicho nada! Veámosle.

—Es que no he querido admitirle.

—¿Cómo así?

—Porque era un mamarracho, sin dibujo, sin arte, y sobre todo sin parecido alguno.

—¡Qué diablos! Ya me figuraba yo que seria algun chapucero el bueno del retratista. ¿Habrás vuelto al que suele estar fuera de casa, no es verdad?

—No señor; quise ir á otro, y me ha fastidiado. Mañana pienso ir al de la Carrera de San Gerónimo.

—Dios quiera que no te digan que está en paseo.

—Pero si no me lo han dicho mas que una vez..... la única que fui á verle.

—¡Qué sé yo! No conozco á ese hombre, y me es antipático desde que me digiste que habia salido á paseo en horas de trabajo. No hay cosa peor en este mundo que un artista holgazan.

—Pero confiese usted que es una rareza encontrar un artista holgazan, así como es un milagro hallar entre nosotros, los de las clases privilegiadas, quien sea laborioso y útil á la sociedad.

—Tú siempre sacando á relucir tus ideas democráticas. Te aseguro que debes estar agradecido á los que las profesan. Por ellos hemos estado largos años en la emigracion. Déjate de bobadas, hijo mio, y no quieras apadrinar á la plebe.

— Es que en los artesanos que componen la plebe veo yo mas virtudes y hasta mas nobleza que en los que nos damos el titulo de nobles.

— No digas disparates. Tú y los que profesan tus principios sois los que contribuis á que cada dia esté la gentualla mas insolente. Hace poco rato que ha habido un motin en esta misma calle, y estas escenas se repiten todos los dias desde que los constitucionales de antaño nos quisieron civilizar á su modo.

— El motin de esta tarde, padre, le he presenciado y acaso contenido yo mismo. No confundiré jamás á la hez del populacho con los artesanos virtuosos. Los vagos no pertenecen á las honradas masas del pueblo; y solo hay vagos donde se gobierna mal.

— Verdad es que hace falta una leva.

— ¡Una leva! Esas medidas son arbitrarias, horrosas si no se procede antes á otros actos de mas imperiosa necesidad.

— ¿Y qué entiendes tú de eso?

— Entiendo que es injusto, despótico y atroz, el lanzar del pais que les dió el ser á unos desgraciados que no tienen mas delito que carecer de medios de subsistencia.

— Por esa misma razon se les hace á ellos un favor, y se espurga el pais de malhechores.

— No es justo confundir los pobres con los malvados.

— Los holgazanes nunca pueden ser hombres de bien.

— Por eso hay tantos pícaros en los palacios.

— Hablo de los vagos que pordiosean por las calles.

— Precisamente en esa clase de vagos es donde puede haber gentes muy honradas.

— ¡Disparate! Las gentes honradas pueden ganar su subsistencia trabajando.

— ¿Y si no hallan trabajo?

— Que lo busquen.

— ¿Pero si no le hay?

— Si no le hay... si no le hay...

— Si no le hay, padre, el gobierno tiene obligacion de proporcionarle. A un gobierno ilustrado jamás le faltan medios de ocupar á las clases jornaleras. Solo así puede estirparse la miseria que es un semillero de crímenes.



— ¿Con que ya confiesas que los crímenes son hijos de la miseria? —

— Digo que la miseria es un semillero de crímenes, porque el hombre que tiene hambre se entrega á la desesperacion. El padre que vé á sus hijos en la agonía, no tendrá reparo por ejemplo, en cometer un mezquino robo para salvarles, y por este crimen se le llevará al cadalso, mientras vemos en nuestros salones aristocráticos, magnates orgullosos, que todos sabemos de qué modo han atesorado sus inagotables riquezas.

— Esas son las sempiternas quejas del vulgo, que por lo comunes y repetidas estraño que tú las reproduzcas. La envidia busca siempre donde hincar el diente.

— Yo creo que no será por cierto la envidia la que me estimule á mí á decir lo que siento, pues gracias á Dios y á lo que usted posee, nada me hace falta, y si las quejas del pueblo contra sus opresores son siempre las mismas, esto solo significa que la inmoralidad de los gobernantes es incorregible.

— Noto que cada dia son tus principios mas revolucionarios, Eduardo, y eso no me gusta.

— Mis principios son humanitarios, y nada mas.

— Humanitarios como los de los liberales.

— ¿Y siente usted que yo sea liberal?

— ¡Eduardo! — gritó con enojo el duque.

— Callaré si usted se incomoda.

— Tus sandeces me irritan.

— Lo siento mucho, nunca es mi ánimo ofender á usted; pero como hablabamos de lo que esta tarde ha sucedido.....

— ¿Y qué?

— Yo atribuyo estos escándalos al gobierno, y por lo mismo he dicho que solo hay vagos donde se gobierna mal.

— Cállate, tonto; ¿qué tiene que ver eso con el motin de hace poco?

— Le han empezado algunos muchachos, de los que nacen en asquerosos lupanares, y crecen entre esas gentes viciosas que truecan la religion por el fanatismo. Han principiado á insultar á una pobre mujer, á llamarla bruja y perseguirla á pedradas. Estas escenas, usted lo ha dicho antes, ocurren todos los dias; pero como los precoces héroes serán sin duda hijos de realistas, y la persona á quien se insulta es una desgraciada, no importa el desenfre-

no, ni hay para qué molestar á la policia. Lástima es que no esté ya restablecida la inquisicion para hacer morir en una hoguera á la infeliz. ¡Qué tiempos alcanzamos, Dios mio!

—No quiero replicar á tus delirios, porque acabaria mal nuestra disputa. ¡Ea! vámonos arriba. Con la puesta del sol empieza á dejarse sentir el relente y es muy pernicioso para la salud.... Pero dime, he visto que te bajaban unos platos y una botella..... ¿Con quién estabas aquí?

—Con la pobre apedreada que se ha venido á refugiar en este jardin.

—¿La apedreada?

—La misma. Me ha parecido que la infeliz venia desfallecida y he mandado que le diesen algun alimento.

—Eso es muy digno de tu buen corazon. La accion es muy laudable y la apruebo; pero la manera de ejecutarla me repugna.

—¿Por qué, padre mio?

—Porque se puede socorrer á los pobres sin necesidad de rozarse con ellos. La dignidad de nuestra nobleza se degrada con semejante humillacion.

—Si es un crimen rozarse con los desgraciados, yo me huelgo en haberle cometido. Solo siento, padre mio, que no sea usted de mi opinion, porque me he declarado protector de esa mujer.

—¡Calla, miserable! —esclamó el duque como escandalizado de la revelacion de su hijo.—¡Tú protector de una mujer! ¡y de una mujer indigente! ¿No ves tú las funestas consecuencias de esa proteccion?

—Si usted la aprueba, no producirá mas que consuelos y felicidades.

—¡Nunca!.... ¡nunca! Yo no puedo aprobar, ni consentir escándalos.

—No se trata de ningun escándalo.... se trata solo de ejercer un acto de beneficencia.... de hospitalidad....

—Los beneficios que se prodigan á las mujeres pobres, suelen traer deplorables resultados.

—Ahora entiendo los temores de usted.

—Mis temores son hijos de una cruel experiencia.

—La infeliz por quien me intereso no debe infundir á usted semejantes recelos.

—¿Has olvidado, Eduardo, que esa proteccion daria motivos de enojo á Elisa?

—¿De enojo?

—Ella que es naturalmente celosa.... Eduardo, es preciso que renuncies á esta estravagante idea. ¡Declararte protector de una mujer en vísperas de casarte! ¿Estás en tu juicio? ¿Sabes lo que ibas á hacer?

—Jamás he resuelto una cosa con mas reflexion.

—Pues has resuelto un imposible—repuso el padre con marcado enojo.

—Siento que usted se enfade; pero si me permite explicar....

—No hay esplicaciones que puedan justificar tu conducta.

—La mujer de quien se trata....

—Será alguna picarona que tratará de seducirte.

—¡Padre!—gritó don Eduardo conmovido—esa mujer es la misma virtud.

—¡Tomas su defensa con mucho calor!—repuso sonriéndose sardónicamente el duque.

—Abogar por los desvalidos es un acto de nobleza.

—Sin duda será jóven y linda esa desgraciada; pero ¡infeliz de tí si insistes en tu loco empeño!

—No insistiré si usted lo desaprueba; pero tendré en ello un gran pesar, porque está usted en un error muy grave.

—Tú eres el incauto que te dejas fascinar por los atractivos de una belleza desgraciada.... No me hables mas de este asunto si no quieres acrecer mi cólera.

—Tranquilícese usted, señor; esa mujer es tan digna de compasion por sus desgracias, como repugnante á la vista por su deformidad.

—¿Y tú la protejes?

—Hasta el estremo de haberle rogado encarecidamente que viniese á vivir con nosotros.

—¡Eduardo!

—Padre mio, esa infeliz es ya vieja y no tiene asilo ninguno. Vaga mendigando por las calles, y su misma deformidad, sus negros harapos le dan una apariencia siniestra, origen á no dudarlo de los groseros insultos que el vulgo le prodiga. En una de las habitaciones que ocupa con su honrada familia el jardinero, podrá vivir tranquila al abrigo de toda suerte de agravios.

—Esa peticion, Eduardo, es una locura, una estravagancia que me irrita. De ningun modo puedo acceder á tus deseos, y desde ahora te prohibo que me vuelvas á hablar de esa mujer.

El duque pronunció las precedentes palabras con la grave autoridad de un padre enojado, y se retiró á paso lento como profundamente agobiado por el peso de tristes meditaciones.

Don Eduardo siguió á su padre haciendo esta triste reflexion:

— ¡He provocado su enojo.... Así son la mayor parte de los ricos.... les repugna y molesta el oír hablar de los pobres.... les niegan su proteccion y hasta el título de hermanos, porque creen envilecerse con su roce.... No es extraño que los pobres á su vez se quejen de los ricos y les prodiguen *odio por odio*.

De repente se presenta el jardinero jadeante de fatiga y con voz alterada dice por lo bajo:

— ¡ Señorito ! ¡ Señorito !

— ¿ Qué hay ?— respondió el duquecito retrocediendo sin que su padre lo viera.

— Una desgracia.





## CAPITULO XXII.

### LA ACCESION.

Sempre ricchezze riverir ho visto  
Pui che virtù. . . . .  
ARISTO.

- ¿Qué desgracia es esa?—preguntó impaciente don Eduardo.  
—Yo no sé si ha sido desgracia ó fortuna para ella—respondió el jardinero.  
—¿Quién es ella?  
—¿No se lo he dicho á V. E., señorito?  
—No me has dicho nada.  
—¡Si soy mas posma!....  
—Tienes razon. Vamos, esplicate.... ¿de quién me hablas?  
—De la pobre mujer que acaba de salir de aquí.  
—¿Qué le ha sucedido?—preguntó con sobresalto don Eduardo.  
—Cuando salió de la cochera, todavía habia en la calle algunos grupos

de haraganes. La infeliz echó á correr hácia la calle de Carretas, y los muchachos detrás dando gritos de « ¡ muera! ¡ muera la bruja! » Temiendo yo alguna catástrofe, salí con intencion de acompañarla para que no la maltratasen. Perdóneme V. E. si lo he hecho sin su permiso. He temido que si me entretenia en pedirlo, hubiera perdido de vista á esa desgraciada á quien queria salvar. Me bastaba haber visto que V. E. se interesaba por ella, para no vacilar un momento; y sentiria mucho haber incurrido en el desagrado de V. E.

— Lejos de merecer mi reprobacion, aplaudo tu conducta; pero no me has dicho aun qué desgracia le ha sucedido á esa pobre mujer.

— Es verdad. Ha de saber V. E. que á pesar de mi actividad no he podido alcanzarla. Verdad es que la turba ha crecido rápidamente y no se componia solo de muchachos, si no que á sus gritos y al ver correr como una loca á una mujer cubierta de andrajos, la multitud de curiosos me impedia ganar terreno. Cuando la infeliz ha llegado á la Puerta del Sol era ya aquello un verdadero motin. Muchos gritaban: « es la hija de un hereje á quien ahorcaron por francemason! » Aparece de repente fuerza armada, y toda la gente echa á correr. Yo he querido mantenerme firme hasta saber en qué paraba el lance, y he visto á la pobre haciendo violentos ademanes de rabia y desesperacion entre los soldados que la conducian al Principal.

— ¿ Y has notado si la maltrataban?

— Los soldados no trataban de hacerle daño al parecer; pero de todos modos tenian que llevarla á empellones, porque no queria seguirles.

— Habrán querido librarla del furor de los fanáticos.

— Por eso decia yo, señorito, que no sabia si aquello ha sido desgracia ó fortuna para ella.

— De todos modos, es indispensable sacarla de allí. Oye, buen Andrés... Siempre te he tenido por un hombre de juicio y sentimientos humanitarios, y tu última accion me hace ver que no me equivoco en la ventajosa opinion que de tí tengo formada.

— Doy á V. E. las mas espresivas gracias por el honroso concepto en que me tiene, y puede V. E. estar firmemente persuadido de que me esmeraré cada día mas y mas por no decaer de él en lo mas mínimo.

— Siendo así, no quiero retardarte el galardón que mereces.

— Yo no quiero mas recompensa, señorito, que el aprecio de V. E.

—Pues con esta recompensa precisamente voy á premiarte.

—¡Cómo, señorito!

—Quiero darte una prueba evidente de afecto y predileccion haciéndote mi confidente en un asunto reservado: pero en cambio exijo de tí celo y discrecion.

—Ninguna de estas circunstancias puede faltarme cuando cifro mi mayor dicha en complacer á mi señorito.

—Oye pues. Hace largo tiempo que he formado empeño en mejorar la suerte de la pobre mujer que segun dices han conducido presa al Principal. La edad de la infeliz, y mas que la edad su asqueroso desaliño y repugnantes mutilaciones, me ponen al abrigo de toda sospecha.

—Es cierto, si se tratase de una linda jóven nadie estrañaria que encontrase.... no digo yo un protector, sino ciento; pero cuando la protegida es vieja, fea, manca y desnarizada....

—¡Andrés!

—Merezco la reprension, señorito.... Conozco muy bien que no se deben sacar á colacion los defectos físicos de los desgraciados; pero voy al decir que eso de no tener narices, ni mano diestra, por mas que una individua pertenezca al bello sexo, debé contar con pocos atractivos, mayormente cuando ya su edad está en el ocaso, y los adornos que la atavian no están muy conformes con las modas de París.

—¡Andrés! ¿Todavía?...

—Yo no sé cómo esplicarme, señorito; pero quiero decir, que si interesa á V. E. esa mujer, no será á buen seguro porque sus hermosas narices le hayan flechado, sino porque le han conmovido sus desgracias.

—Sí, Andrés, la série de sus no interrumpidos infortunios me desgarran el corazon, y no parece sino que porque he resuelto hacerla dichosa, haya una fatalidad que quiera estorbarlo. Por lo mismo que se ofrece tan sencillo proporcionar su tranquilo bienestar á una mujer indigente, avezada á toda suerte de privaciones, sin ambicion ni grandes necesidades, parece que el diablo se empeña en frustrar mis afanes, aglomerando contra aquella desventurada azares y sinsabores, que á cada infortunio la hacen mas interesante á mi corazon. Tú te reirás sin duda, de ver á un jóven abogar con tanto calor por la dicha de un ente despreciable á los ojos de la sociedad; pero no importa que te rias con tal de que me sirvas bien. Ya sé yo que por desgracia es

natural en este mundo mirar con desprecio á los pobres.....

—Señorito, yo le serviré á V. E. en cuanto me ordene con el mismo cariño que obedezco á mi madre, y lejos de provocarme á risa lo que está vuecencia haciendo en favor de esa desgraciada, me enternece y llena de orgullo al mismo tiempo... porque tengo orgullo en servir á un amo tan bueno y generoso.

—Pues escúchame con atencion. A fin de librar para siempre á esa infeliz de insultos parecidos á los de hoy, he pedido á mi padre su consentimiento para dar hospitalidad á la misma en alguno de los cuartos que hay desocupados en tu habitacion.

—Perfectamente, señorito, y tanto mi anciana madre como yo, tendremos un gran placer en cuidarla y hacerle olvidar todos sus infortunios.

—¡Bien, Andrés, bien! No me he equivocado al depositar en tí mi confianza.

—Precisamente la habitacion inmediata á la capilla está siempre cerrada porque de nada nos sirve. Tiene hermosas vistas, recibe toda la fragancia de las flores del jardin y unos aires purísimos. Esa pobre mujer que no puede aspirar á los goces sociales, disfrutará á lo menos de los halagos de la naturaleza.

—Un terrible obstáculo se opone á la realizacion de mi proyecto.... Un obstáculo, que confio vencer con el tiempo; pero es el caso, que convendria que hoy mismo ocupára esa desgraciada su nueva habitacion, porque cada momento está mas espuesta á insultos y persecuciones.

—¿Y qué inconveniente hay en que ocupe la pieza contigua á la capilla?

—Uno muy grande.

—Ya caigo, el estar la pobre mujer arrestada en el Principal, y Dios sabe si la habrán llevado á la cárcel de Villa.

—Por ese lado nada temo. Me lisonjeo de que la habrán arrestado únicamente con la intencion de quitar á los fanáticos todo pretexto de alboroto, y en cuanto tú te presentes al Principal con una esquila mia para el comandante de la guardia, saliendo fiador, estoy cierto que la dejarán en libertad.

—¿Pues de qué obstáculo habla V. E.?

—De que mi padre se opone resueltamente á darme gusto.

—¡Es posible! Siendo tan bueno.... tan caritativo....

—Por eso confio atraerle á la razon; pero entre tanto no quiere que de